

VIDA Y HAZAÑAS

DE

VASCO NUÑEZ DE BALBOA

PROLOGO

«Vida y hazañas de Vasco Núñez de Balboa» es el tema señalado por la Universidad de Chile para que a unos pocos sirva de campo de labor paciente, y de soplo de inspiración a las multitudes de grandes y pequeños que, sin duda, han de interesarse por conocer aun más a aquel fiero y admirable domador de peligros.

Nota.—Antes de dar a la imprenta esta Vida de Vasco Núñez, quiero exteriorizar de manera especial mi gratitud para con el erudito historiador del descubrimiento del Mar del Sur, señor José Toribio Medina. Sus obras han prestado a ésta todo lo nuevo en que modestamente puede aventajar a otras similares, y la exactitud histórica que el H. Jurado del certámen le reconoce.

No estará demas advertir que sólo la circunstancia de ser el señor Medina miembro de ese tribunal, me habia obligado hasta ahora a silenciar estas palabras, que son pocas y humildes, pero sí de justo homenaje y muy sentido reconocimiento.

Tiene él de por sí títulos suficientes para llamar a la acción aun a los esfuerzos adormecidos: una relativa novedad, en cuanto la permite el acopio de datos hasta hace poco no consultados; simpatía y grandeza del héroe, y trascendencia de sus hechos hasta el instante mismo de esa su muerte que nos duele y mueve a compasión, acaso por haberla sufrido él con tanta convicción de la propia honradez, con tanto corazón de fijoalga siempre leal a su Dios y al Príncipe lejano.

Tal vez,— aunque imitando a la distancia a casi todos los historiadores que han escrito acerca del descubridor del Mar del Sur, y apoyado en cronistas y documentos de la época, en la novísima obra del señor J. T. Medina sobre aquel gran descubrimiento geográfico, en Irving y en Quintana, en Prescott y otros autores de indicada consulta,—tal vez, repito, aparezca mi pluma, en diversos capítulos, un tanto amorosa del personaje que ha tratado de poner en relieve. Pero, si tal se observa, las palabras de Fernando de Herrera, el lírico eximio, basten acaso para justificarla cuando dicen que «este género de escribir (el de las Vidas), poco usado en España, no permite ni sufre que se trate en él vida de algún ombre, que no sea grande príncipe o capitán de clarísima fama, con alguna demasía de alabanças»; y cuando agregan que si el escritor, por huir de la sospecha de adulación, «es corto en alabar, incurre en opinión de envidioso y vituperador de las cosas bien hechas, porque quien no alaba lo que merece estimación, dicen que se mueve con pasión de calunia».

Ojalá el cariño con que, de cuando en cuando, me he sentido impulsado a esbozar esta Vida—cariño solo refrenado por la imparcialidad en que era preciso colocarme—haya logrado dar a mis escasas facultades de historiador, la concepción exacta de un hombre a quien el destino señaló la gloria de ofrecer al esfuerzo de todos los tiempos un nuevo mundo de olas mansas, y de escuchar, desde el sepulcro, el himno grato y el batir de palmas de la inmortalidad.



BREVES NOTICIAS PRELIMINARES

Tierra Firme.—Los naturales de Tierra Firme: algunas de sus costumbres e instituciones.— Primeros intentos de colonización europea en esa parte del Nuevo Mundo.

A los ojos del historiador, la población indígena de Tierra Firme, aparece amable y digna de ser conocida, por cuanto su contacto algunas veces violento y otras amistoso con los españoles, es parte esencial en más de un pasaje de esta «Vida de Vasco Núñez de Balboa».

La tierra de Acla, como la de Darien, era montuosa, si bien más sana que ésta, y rica en minas de oro; pero ya en Comagre empezaba el suelo raso y de sábanas.

Pueblos de indios había aquí y allá, grandes algunos, pequeños otros como en Pocorosa, donde cada señor tenía tres o cuatro casas y sembraba sólo lo necesario a sus pobladores, a pesar de ser ésa una provincia de hermosos ríos y campos fecundos.

En Periqueta, en las Islas de las Perlas, en los cacicazgos del Golfo de San Miguel y en los de Coiba, se hablaba la misma lengua que en Acla, y unas mismas eran las costumbres y la sangre de los naturales. Sin embargo, en Coiba el idioma

era más pulido y cortesano que en los demás estados; la gente, presuntuosa y altanera, y los hombres se permitían andar desnudos.

En jeneral, éstos eran más pudorosos que los aborígenes de otras regiones del Nuevo Mundo.—Las mujeres cubrían sus desnudeces, desde el pecho hasta los pies, con pintorescas telas de algodón, dejando los senos y los brazos libres, y dormían en camas también de algodón, cómodas y bien hechas; y los hombres llevaban las partes vergonzantes dentro de unos caracoles de mar, polícromos, que se sujetaban por medio de cordones anudados en la parte posterior de la cintura.

Los señores se llamaban «tiba», y los de más linaje, «piraraylos», título de que empezaban a gozar una vez que los éxitos militares les hacían acreedores a la gratitud de sus súbditos. Cuando un indígena moría en los campos de batalla o resultaba herido, el señor honraba a sus deudos o al héroe, según los casos, dándoles casa y servicio y el título de «cabra».

La paz social estaba asegurada por una sencilla administración de justicia basada en principios de equidad y en algo muy parecido a la ley del Talion. El ladrón y el asesino sufrían la pena de muerte; y es de advertir que, según Pascual de Andagoya, «otras fuerzas y agravios entre ellos (los indios) no se osaban hacer».

Como en los tiempos antiguos y medioevales de la Europa, los señores juzgaban en persona, sin otros asesores que los alguaciles encargados de aprehender a los delincuentes.

Los procedimientos para juzgar eran muy simples: las partes comparecían ante el señor a interponer su queja o desarrollar su defensa y, teniéndose por cierto que decían estrictamente la verdad (porque quien mentía al señor quedaba sujeto a la pena de muerte), se fallaba el pleito sin información de testigos ni recurso ulterior.

Los señores no tenían listas civil ni recibían tributo de parte de sus gobernados, a quienes no exigían otra cosa que servicios personales, cuando los hacían necesarios la construc-

cion de una casa, la siembra, la cosecha, la explotacion de minas, la pesca o la guerra. Nadie podia excusarse de hacer esas prestaciones, gratuitas por naturaleza, a que el señor no correspondia sino con fiestas en que se bebia y comia sin tasa ni medida, y con la organizacion y el sostenimiento de la defensa comun.

Una especie de matrimonio solemne, casi a la antigua manera hebrea, existia entre estos indigenas del Nuevo Mundo y era éste el único lazo de hombre a mujer que daba nacimiento a obligaciones y derechos civiles respecto de los hijos, en cuanto a las herencias y títulos de nobleza.

Concertado el matrimonio, el dia de su celebracion se reunian los parientes de la novia en casa de ésta y se entregaban a una gran alegria y «convite de beber». En seguida, los propios padres la llevaban y entregaban al que sin mas trámite era ya su marido.

Demas esta decir que los señores no se contentaban con una sola mujer; tomaban otras muchas, sólo que no como esposas, sino como concubinas, cuya sumision no derivaba de ceremonia alguna. Vivian éstas en el mismo hogar de la esposa, a quien debian obedecer como a señora: pero ni la una ni las otras podian quejarse por celos. Esposa y mancebas tenian la obligacion de cuidarse entre sí, a fin de mantener en pureza el hogar en que vivian.

Ademas, tenia aquélla otras distinciones a su favor: a gregaba a su nombre el título de «hespabe», como quien dice condesa o marquesa, y sólo sus hijos heredaban el señorío y casa paternos; que, en cuanto a los de la concubina, eran tenidos por bastardos y nada heredaban.

Las mujeres del señor difunto que mas presumian quererle, se enterraban, como las hindúes, a fin de servirle mas allá de la muerte; pero, a la inversa de lo que pasaba en Oriente esa determinacion nacia sólo de la voluntad de la mujer y no del peso brutal de una costumbre bárbara, segun la cual se mirase con recelo a la viuda.

Nada era mas curioso que las ceremonias fúnebres de los

naturales de Tierra Firme, y, en especial, las de un señor indígena.

Vestían el cadáver como en vida, lo envolvían en ricas mantas, lo adornaban con las que fueron sus propias armas, y una vez así, el heredero, los parientes y los principales súbditos se juntaban y lo colgaban por medio de unos cordeles atados al cielo del cuarto mortuario, a fin de velar al que ya nunca más verían vivir sino en la imájen del recuerdo.

Debajo y en torno del cadáver, ponían unos braseros con carbon encendido para que con el calor se derritiesen las grasas poco a poco y cayesen gota a gota en las vasijas de barro colocadas al efecto. Una vez que ya nada destilaba, lo colgaban en su palacio durante un año justo, al término del cual, como se verá mas adelante, se llevaba a efecto una última solemnidad.

Mientras el cuerpo se enjugaba, doce hombres principales montaban guardia a su alrededor, algo apartados de las brasas y cubiertos totalmente desde la cabeza hasta los pies con amplias manta negras que les daban un aspecto imponente y fantástico. Sordos y acompasados golpes dados lentamente sobre un atabal por unos de esos hombres, llenaban de notas lúgubres el aposento; luego se hacia el silencio, y comenzaba la relacion de la vida del muerto en una especie de responso dicho por todos los circunstantes en el aire monótono de los oficios religiosos, y en la misma tónica del atabal.

A las dos de la mañana, toda la gente de la casa formaba una grita capaz de sobrecojer de espanto a los mas valerosos, talvez para significar el intenso dolor que desgarraba su espíritu, y nuevamente se hacia silencio para que los doce del luto, que eran los únicos que acompañaban al cadáver, tornasen «a tañer como quien dobla».

Un año despues, se repetían estas ceremonias y, reproduciendo en pequeño las armas y canoas del difunto, sacaban el cadáver y lo llevaban a una plazuela cuidadosamente despejada y limpia. Allí quemaban las canoas y armas para que el humo se fuese hácia el alma del fallecido, y colgando de

nuevo el cadáver ya disecado, lo dejaban, por fin, en paz al lado de los parientes ya muertos que, como él, pendían desde el cielo del hogar.

Los aborígenes de Tierra Firme eran gente belicosa, más que por la inclinación de carácter, por necesidad de defender los términos de sus tierras. Estos les daban motivo para mantenerse frecuentemente en estado de guerra, estado casi crónico, muy explicable en una sociedad primitiva, en que la propiedad no reposa sobre principios definidos, ni existe un poder público destinado a sostenerlos. Por eso, cual mas, cual ménos, eran todos diestros en el manejo de la macana o de las flechas y entraban al combate como a un acto más o menos peligroso; pero, al fin, familiar.

En los días de paz, fuera de los quehaceres domésticos, las mujeres se dedicaban a tejer; los hombres a la caza, en los lugares mediterráneos, o a la pesca, en los rios y costas, principalmente a la de perlas en las del Mar del Sur, y a trabajar el oro que recojían, en las minas y lavaderos riquísimos del país.

La caza de venados era un pasatiempo favorito de los señores indígenas. Se reservaban parajes especiales al efecto, y se cazaba de la manera siguiente: desde el lado del viento se ponía fuego al pasto seco por el sol, y los venados, al huir de las llamas, ciegos por el humo, se arrojaban a la parte opuesta, donde los indios los esperaban y ultimaban a flechazos y golpes.

Finalmente, la caza de faisanes, pavos y tórtolas no eran ménos favorecida, y aun la de tigres y leones que aquí y allá saltaban de entre las tupidas selvas del país.

Este país y este pueblo, absolutamente ignorados aun después del descubrimiento de América, no empezaron a ser conocidos sino en 1502, cuando el Almirante Colón intentó poblar la provincia de Veragua. Pronto fracasó este intento, sin embargo, y, así por la belicosidad de los naturales como

por la falta de tino de los conquistadores en su trato con ellos, hubo de ser abandonada la fundación de un asiento cuando ya estaba empezada.

Un año ántes, Rodrigo de Bastidas había recorrido la costa de Cumaná y Cartajena, bien que con fines comerciales, tocando tierra para contratar pacíficamente con los indígenas.

Después Alonso de Ojeda, compañero de Colón bastante célebre, llegó a los mismos lugares que Bastidas, y no pudo, aunque lo pretendió, asentar sus reales en el golfo de Urabá, descubierto por aquel aventurero. Segunda vez tentaba fortuna, y no la conseguía.

Pero aun quiso hacerlo una tercera. Al mismo tiempo que Diego de Nicuesa, fué autorizado para poblar y gobernar la costa firme del Nuevo Mundo, y le correspondió someter el país que se extiende desde la mitad del golfo de Urabá hasta el Cabo de la Vela. Nicuesa gobernaría desde la otra mitad del golfo indicado hasta el cabo de Gracia de Dios.

Llegó Ojeda a Cartajena y, habiendo perdido muchos soldados en frecuentes refriegas con los indios, se hizo a la vela rumbo al golfo en busca del río Darien, famoso por sus riquezas. No halló lo que buscaba, y determinó fundar al oriente de la ensenada un pueblo que llamó San Sebastián i fué el segundo asiento europeo en el continente. Agotadas pronto las provisiones, los españoles tuvieron que entregarse a correrías entre los indios, a fin de procurarse alimentos, y aquéllos les declararon desde entónces una guerra sin cuartel con flechas envenenadas.

¿Qué hacer? La única esperanza de los mermados expedicionarios era la llegada del Bachiller Martín Fernández Enciso, que había quedado en La Española preparando una nave y reclutando hombres; pero tanto tardaba aquél, y tales eran las necesidades de los conquistadores, que Ojeda se decidió a partir con destino a la isla para abreviar el envío de recursos. Dejó al mando de la tropa a Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú, y le autorizó para que, si den-

tro de cincuenta daís él no regresaba, despoblase y se fuese a donde le diese la real gana. Perdió desgraciadamente el rumbo que seguía y fué a dar a Cuba, desde donde, después de largas aventuras, pasó a Santo Domingo y murió olvidado y pobre.

Pasados los cincuentas dias convenidos, los compañeros de Ojeda resolvieron embarcarse e irse a La Española. Quedaban apenas sesenta, de mas de doscientos que eran; pero ni ésos cupieron en los dos barquichuelos de que disponían, y sólo después que el hambre redujo más ese número, pudieron abordarlos, y todavía con el dolor de ver que uno de ellos se hundió en el acto. Ante esta desgracia, Pizarro huyó al mando de la otra nave a Cartajena, y luego pudo descubrir en lejanía la del Bachiller Enciso que, acompañada de un bergantin, se acercaba a la costa.

Hizo señal de llamada y fué comprendido.

Contó Pizarro a Enciso cómo se había ido Ojeda y abandonado ellos el asiento de San Sebastián, y el Bachiller proveyó diciendo que, pues era Alcaldé Mayor de Ojeda, reasumía su cargo y ordenaba partir hácia el golfo de Urabá. Y así se hizo, no sin alguna resistencia de parte de los de la nave de Pizarro, no curados de espanto todavía en eso de habérselas con indios valerosos y armados de flechas envenenadas.

Diego de Nicuesa no fué ménos desgraciado que Ojeda.

Apénas llegado a las costas de su gobernacion, sufrió tales y tan continuos ataques de los naturales que, al cabo de pocos meses, no le quedaban sino mui pocos hombres de la numerosa tropa que habia armado, y carecía de todo recurso.

En esas circunstancias estaba cuando llegó en su socorro Diego de Colmenares, teniente suyo, con bastantes provisiones y en compañía de dos procuradores de la ciudad de Santa María La Antigua, fundada por los expedicionarios de Enciso, que iban con el objeto de pedirle que fuese a hacerse cargo de su gobernacion y de la nueva colonia.



CAPITULO PRIMERO

Nacimiento, infancia y juventud de Vasco Núñez de Balboa.—Carencia de datos al respecto.—Causa posible de su paso a las Indias.

Muy poco, casi nada, se sabe de la primera mitad de la vida de Vasco Núñez.

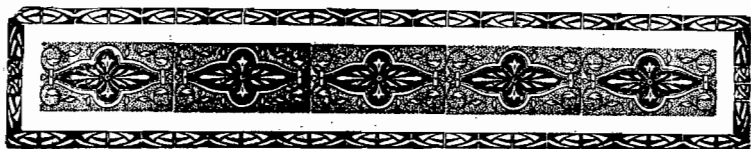
Hijo de hidalgos pobres, nació en Jerez de los Caballeros en 1474.

Pasó su primera juventud al lado de don Pedro de Portocarrero, señor de Miguera, en calidad de paje, hasta los veinticinco años, mas o ménos, aprendiendo el manejo de las armas y lo poco más que necesitaba saber un modesto fijoalgo de fines del siglo XV. Tal pericia adquirió en el trato de aquéllas, que cronistas de la época hay que le llaman «digladiator», esto es distinguido en la esgrima, y «espadachin» sus detractores; y tal conocimiento de los hombres, por la observación personal y por el roce de su espíritu con el magnate su señor, y tanto tino para hacerlos servir a un fin determinado, que en toda ocasión supo crearse ascendiente sobre los que le rodearon y lucir un «gentil gesto de hombre muy entendido».

Talvez un disgusto de familia, producido en las segundas nupcias de su padre,—como lo cree el historiador señor J. T. Medina, «le indujo a abandonar su colocación cerca del señor Miguera»; pero no parece tan dentro de razón como esa hipótesis, el hecho de negar en cierto modo que hayan sido las noticias del nuevo mundo lo que le movió a pensar en las Indias. Verdad es que el historiador está en lo justo cuando, con un paciente estudio de la documentación de la época, llega a decir que esas noticias no eran todavía capaces de hacer que alguien dejase las comodidades del hogar por la promesa envuelta en aquéllas; pero también lo es, partiendo del natural abultamiento que de boca a boca adquiere todo relato de algo que, como el descubrimiento de las Indias, es de por sí maravilloso,—que el pueblo español, si no sus grandes hombres, debió haberse sentido deslumbrado por esas noticias a que él mismo iba dando, sin la conciencia de hacerlo, el mágico poder de la voz de las sirenas.

Vasco Núñez se encontraba, pues, en campo bastante restringido para su espíritu inquieto y acometedor cuando tuvo conocimiento de uno amplísimo, abierto a todos los esfuerzos, donde había islas que conquistar, oro que recoger acaso a flor de tierra, imperios nuevos que someter al de los Reyes Católicos: toda una tentación que prometía resolverse en señoríos para éstos y en fortuna y honor para el que quisiese abordarla. La misma lejanía del mundo de Colón lo mostraba quizás al ensueño fantástico de los pobres de entonces con una exuberancia de bienes que sólo hoy parece explicarse por sí sola, ensueño aquél avivado por los conquistadores primitivos, que pintaban las tierras descubiertas como en un cuento de hadas, a fin de atraer soldados y proseguir sus exploraciones.

Era en ese mundo donde Vasco Núñez había de alcanzar su mayor gloria i un fin moralmente más doloroso que el sacrificio de Valdivia y la indigencia de Cortés.



CAPITULO II

Primera expedición de que forma parte.—Se establecen La Española.—
Fracasa en la agricultura y resuelve dejar la isla.—Su fuga y sus zozobras.

En 1501 se enroló en la expedición de Rodrigo de Bastidas. Recorrió con éste las islas ya exploradas de las Indias; asistió al descubrimiento de las costas de Tierra Firme comprendidas entre el Cabo de la Vela y el golfo de Urabá, y regresó a Cuba y La Española, como los demas, por falta de alimentos. La prisión de Bastidas en La Española y su viaje a España, dejaron libres de compromiso a los expedicionarios.

Respecto de Vasco Núñez, este viaje no tiene otra importancia que el haberle reportado alguna cantidad de oro, asignada seguramente a él a título de explorador, y el conocimiento de lugares a que volvería diez años despues y habitaria hasta su muerte.

Se dedicó entónces a la agricultura: compró tierras en la última de las islas nombradas y las explotó durante largos años con mal resultado. Se ignoran los accidentes de su vida durante esa época: concretado talvez a los surcos de su fun-

do, no supo dejar huellas en ninguna de las actividades públicas de la isla; pero ni aun se sabe por qué se malograron los frutos de sus energías entonces en flor. Esta, si, fuera de duda que allí perdió lo que tenía, que acudió a los préstamos y que, finalmente, estrechado por sus acreedores, debió de sufrir las desazones de la insolvencia y volver los ojos hacia mas benignos horizontes.

Afortunadamente para él, en 1511, en Salvatierra de la Sábana donde residia, supo que el Bachiller Enciso preparaba una expedición para ir al golfo de Urabá en socorro del capitán Ojeda, y claro está que vió presente la oportunidad que esperaba a fin de librarse de sus acreedores. Pero, ¿cómo solicitar su incorporación al cuerpo expedicionario? Sus acreedores se habrían opuesto inmediatamente y aun, dado el propósito de burlarlos que así habria manifestado, se le hubiese puesto bajo sombra y ración para algun tiempo.

Debia, pues, tomar otro camino, cualquiera que fuese el riesgo de su travesía. Las de la audacia eran sus armas: sólo le faltaba un leal apoyo en que fundarlas. Por suerte, entre los expedicionarios se contaba Bartolomé Hurtado, coterráneo y amigo suyo, que fué en esas circunstancias el vaso de sus penas. Hurtado le aconsejó se fiasse de él hasta pisar la nave y, una vez en ella, se escondiese entre los pliegues de una vela, o dentro de un barril, como otros quieren.

Demás está decir que aceptó el procedimiento propuesto por su paisano y que, siguiéndolo, se embarcó con rumbo a Tierra Firme, «sin mas patrimonio que su espada y sin más compañero que su perro», a hurtadillas de sus propios huéspedes y disimulándose cuanto mejor podía, pero nunca lo bastante para que el jefe de la expedición no se percatase de ello.

Con harta rudeza preguntóle Enciso la causa de su presencia en la nave; y fuera está de duda que no fueron buenas razones las disculpas que dió por respuesta, porque, además de exasperar a aquél hasta el punto de moverle a injuria y amenaza, luego hubo de suplicar que no se le aban-

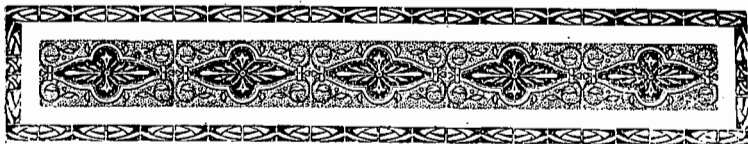
donase en un paraje desierto,—como, a juicio de Enciso, lo merecía.

A pesar de la humildad con que le invocaba perdon, el jefe de la nave no cejó tan pronto en sus propósitos. Sólo cuando los demás expedicionarios—amigos de Vasco los unos, y los otros extraños condolidos—alzaron también sus súplicas en favor de aquel furtivo navegante, simpático y de buena presencia, que con tanta audacia se había colado entre ellos, sólo entónces le tomó Enciso como uno de los suyos, y, libre de temores y sometido a éste, pudo siquiera respirar con más desahogo que en La Española. Nadie como él ganó mayor estimación por su persona y facultades en menor espacio de tiempo: sus aventuras eran mil, y su relato le fué haciendo simpático entre sus nuevos compañeros.

Eran éstos unos ciento cincuenta españoles bien armados y provistos, que contaban con doce yeguas y algunos caballos bastante diestros como tren de guerra.

Cuando Enciso iba ya cerca del continente, en las aguas de Cartajena, divisó en lejanía un barquichuelo desde el cual le hacían señas. Al punto acudió al llamado de éstas, que era también el de su curiosidad.

La nave no era otra que la de Pizarro. Púsose éste al habla con Enciso, y, después de referirle cómo habían abandonado el asiento de San Sebastian, recibió de mal grado la orden de seguir con rumbo a Urabá, orden que, al fin, hubo de acatar porque el antedicho Bachiller era Alcalde Mayor de Ojeda, y dijo reasumir su cargo.



CAPITULO III

La expedición de Enciso en las costas de Tierra Firme.—Desgracias que la desmoralizan: los descontentos piden el regreso.—Vasco Núñez los reconforta y conduce a una hermosa bahía y a un pueblo de indios.—Encuentro con los naturales.—Fundación de la Antigua.

Llegada la expedición al puerto de Cartajena en busca de agua dulce, y luego, al golfo de Urabá, la nave de Enciso dió en un bajío y se hizo pedazos. Todo cuanto iba en ella se perdió; no se salvaron sino los hombres, casi desnudos,—«con no más de sus espadas», dicen los cronistas.

Como si esta desgracia fuera poco para descorazonar a los que, yendo en socorro, estaban en situación de invocarlo, el fuerte y las casas que habían improvisado se incendiaron, y los indios, seguros de su superioridad por la desventura de sus enemigos, no los dejaban en paz un sólo instante. Sin armas ni provisiones, sin poder siquiera regresar a La Española, los expedicionarios estaban casi en absoluto desamparo. Las palmeras y la carne de jabalí proveían escasamente a su manutención.

Realizaron entónces una «entrada» al país, más con miras de buscar alimentos que de conocer el interior; pero el grupo

de soldados de Enciso, fuerte de cien hombres, sufrió un tan serio revés que los obligó a volverse precipitadamente a la costa.

La tropa, que de mal grado había ido desde La Española a afrontar en tierra enemiga la incertidumbre de una lucha que, desde luego, tenía el desfavorable antecedente de Ojeda, no disimuló entonces su descontento y sus deseos de regresar a la isla. «Dejemos, decían, estas costas mortíferas, en donde el mar, la tierra, el cielo y los hombres nos rechazan».

Así estaban los ánimos cuando Núñez de Balboa, inspirando fortaleza y ambición a los descontentos y pusilánimes, prestó el primer servicio que, en cuanto a conquistador y poblador de Tierra Firme, le reconoce la posteridad.

«Yo me recuerdo, les dijo Vasco Núñez, que los años pasados, viniendo por esta tierra con Rodrigo de Bastidas a descubrir, entramos en este golfo; y a la parte del occidente saltamos a tierra, donde encontramos un gran río, y a su orilla opuesta vimos un pueblo asentado en tierra fresca y abundante, y habitada por gente que no ponía yerba en sus flechas». I con estas palabras, dichas con gesto y acento de resolución, la confianza vino otra vez a todos. Cien hombres, siguiendo a Enciso y a Balboa, se trasladaron a los bergantines y, poniendo manos a la obra, cruzaron el golfo en busca de la tierra anunciada. Los lugares correspondían exactamente a la descripción de Balboa.

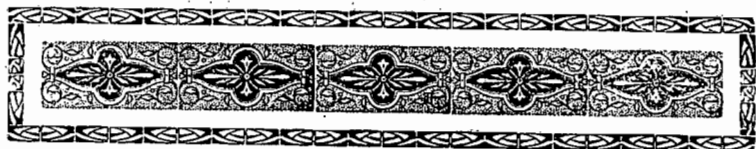
Siguiendo siempre las indicaciones de éste, recalaron, por fin, en un hermoso puerto situado a orillas de un río que los naturales llamaban Darién, y hubieran ocupado desde luego el pueblo de indios mencionado si, según unos, poniendo previamente a salvo sus familias y haberes, sus pobladores todos no se hubiesen alzado inmediatamente en pie de guerra sobre una cumbre cercana; o, según otros, no hubiesen atormentado los recién llegados al cacique del lugar porque no les descubriría la fuente del oro que en señal de bienvenida y prenda de amistad había puesto en sus manos. Haya sido ésta o aquélla la causa de la belicosidad de los

indios comarcanos, el hecho es que el encuentro se hizo inevitable.

Indígenas y españoles se batieron a la desesperada: aquéllos, en defensa de su territorio y de su libertad; éstos, acaso más por defender sus propias vidas que por el interés inmediato de sentar plaza entre un número temible de indios hostiles. Después de no poco trabajo, vencieron los invasores; quedaron dueños de diez mil pesos oro en especies, y a fin de evitar que los vencidos se rehicieran, salieron al día siguiente en su persecución. No hallaron un alma, sin embargo; los indios habían desaparecido como por encanto, dejando apenas algunas ropas y efectos sobre el camino.

Dieron entonces la vuelta hacia el pueblo de indios con el objeto de mandar desde él en busca de los otros cincuenta o más expedicionarios que se habían quedado al otro lado del golfo, y, no bien repuestos todavía del natural cansancio, con el ardor de una batalla, acometieron la fundación de Santa María La Antigua.

La necesidad de esa fundación era indiscutible, y ya antes del combate con los indios se había pensado en ella: la ciudad serviría de base a las operaciones de conquista, de refugio y de capital de la futura colonia. En cuanto a su nombre, derivaba del de una Virgen sevillana a quien, antes del encuentro con los naturales, le fué hecha la promesa de bautizarla con el suyo, siempre que se inclinase por las armas de Castilla.



CAPITULO IV

Lucha por el gobierno de la colonia: Balboa contra Enciso.— Solución momentánea de esas dificultades.—Llamado, llegada y expulsión del Gobernador Nicuesa.—Vasco Núñez se desprende de sus rivales y queda como Gobernador de hecho.

Es indudable que Vasco Núñez se distinguió entre los más activos y valientes, así en la refriega como en la fundación de La Antigua; de otro modo no se explica el ascendiente que ya entonces había adquirido sobre los demás que, con mejor derecho que él, eran parte en la empresa de colonización de Tierra Firme. Así, en efecto, lo presentan los cronistas contemporáneos suyos, como «mancebo de hasta treinta y cinco o más años, bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas... y *para sufrir mucho trabajo*».

Como, además, tenía «un gentil gesto de hombre muy entendido» y era hábil y simpático, su popularidad iba en creciente, y pronto le colocó en la situación de caudillo indispensable, circunstancia que hacen evidente su lucha por el gobierno y su triunfo sobre Enciso.

Este Bachiller se había conducido hasta entonces con tino y energía; pero, con motivo de haber prohibido a los colonos

el «rescate del oro», cayó luego en desgracia, ya que eso era punto ménos que quitarles el aliciente de su entusiasmo y aun de su resignación para soportar el hambre, la casi desnudez, la falta, en fin, de toda comodidad (1).

Con miras de quitarle el mando, se le achacó entónces el ser letrado y, por tanto, poco hábil para dirigir una empresa de conquista, ya que no tenía como hombre de armas mas título que el de teniente de Ojeda, título sin valor alguno en tierras que, como las de La Antigua, no estaban en la repartición de ese infortunado capitán. Como Vasco Núñez era el más influyente de los que así le combatían, Enciso se le apersonó para increparle su mal proceder; pero aquél, limitándose a dar más fuerza a los referidos argumentos, que seguramente eran suyos, volvió la espalda y prosiguió con discreta manera su campaña.

Fruto de ésta fué el alzamiento de los pobladores de La Antigua, que no terminó sino con la destitución de Enciso y el nombramiento de un nuevo cuerpo administrativo de la colonia, hecho con el carácter de provisorio. Vasco Núñez ocupó una de las dos Alcaldías, y sus amigos los demás cargos de Alcalde, Alguacil Mayor, Rejidores, etc.

Con esto vino un poco de paz, y luego, los primeros trabajos de la nueva administración, que se dirigieron a mejorar, en cuanto le fué posible, el estado de casi mendicantes en que habían quedado los expedicionarios después de sufrir tantos accidentes como les acaecieron desde su llegada a Darien. Balboa hizo entónces prodijios por dar entusiasmo a los que no sin razón estaban descontentos de aquel estado de cosas y de la forma de que había originado el gobierno de la colonia; y por mantener el de sus partidarios, «satisfechos de tener a su cabeza a un hombre de la sagacidad y del arrojo de Balboa» (2).

(1) Los conquistadores llamaban «rescate del oro» el precio alzado en ese metal que percibían de los indígenas a trueque de la total o limitada libertad de sus personas.—N. del A.

(2) Barros Arana, «Historia de América».

Afortunadamente, no mucho despues llegaron a La Antigua dos naves con armas y provisiones que venían desde La Española en socorro del capitán Nicuesa, quien, en una entrada reciente, había visto casi deshechas sus tropas y carecia de todo. Esas naves venían al mando de Diego de Colmenares, teniente de Nicuesa, y, como éste era gobernador del territorio en que estaba La Antigua, su llegada vino a solucionar, siquiera momentáneamente, las dificultades surgidas entre Balboa y Enciso, ademas de satisfacer las mas urgentes necesidades de la colonia.

El Bachiller Enciso quería sacudirse el polvo de la derrota. Desde el nombramiento de los nuevos Alcaldes, no perdía ocasion para molestarles, refiriéndose a ellos como a usurpadores; pero tampoco dejaba de reconocer que Nicuesa era el único que tenía perfecto derecho al gobierno de la colonia. Por eso, cuando llegó Colmenares, teniente de aquél, no titubeó mucho en sometersele.

Vasco Núñez hizo lo mismo. Balboistas y encisistas, reunidos en cabildo, deponían las armas en aras de la tranquilidad de todos.

Esta transaccion habia de durar poco, sin embargo. Colmenares se encontró con dos partidos formados y fuertes: su autoridad no descansaba sino sobre la falta de avenimiento de ellos, y veía que él, personalmente, no tenía tampoco cualidades capaces de ponerle sobre uno u otro caudillo.

No es extraño, pues, que los colonos sintiesen la necesidad de un «hombres»: las ranas pedían rei. I pensaron que Nicuesa llenaba esa necesidad.

Luego se convenció Colmenares de que, tanto por ser ése el objeto de su viaje, quanto porque los antiguos se lo pedían, debia ir en persona y en compañía de los procuradores de la ciudad nombrados al efecto, en busca y auxilio del gobernador Nicuesa, y partió en direccion al puerto de Nombre de Dios, situado a sesenta leguas del golfo de Urabá, donde encontró a su jefe y compañeros más en estado de mover a compasión que de defender siquiera sus vidas.

Después de imponerse de las penurias porque habían pasado Nicuesa y sus expedicionarios y Colmenares comunicó a su capitán el encargo que a él y a los procuradores les habían confiado los habitantes de la Antigua, y uno y otros le rogaron que se fuese pronto a la ciudad a tomar el mando, a fin de poner término a las disenciones de los colonos.

Nicuesa aceptó; escogió cincuenta de sus mejores soldados para que le acompañasen, y partió dejando a los demás en el campamento de Nombre de Dios con las necesarias provisiones.

Ya en camino, el Gobernador se fué conversando con su teniente y los procuradores de La Antigua acerca de cuanto pasaba en la ciudad; pero, en el discurso, cometió pronto la indiscreción de manifestarse dispuesto a arreglar las cosas con mano harto firme y aun sin consideraciones de ninguna especie para con los que hasta entónces habían administrado la colonia. No poca indignación causaron estas palabras en los procuradores de La Antigua. ¿Por qué, se dijeron, este Nicuesa alardea de propósitos tan desfavorables para nuestros amigos? ¿Es éste el hombre que hemos venido a buscar con el objeto de establecer la paz entre nosotros?

Ocultaron sus sentimientos por de pronto; pero, cuando ya estaban cerca de la ciudad, se acercaron a Nicuesa y le pidieron su autorizacion para irse adelante. Accedió el Gobernador, y los procuradores pudieron felicitarle de informar oportunamente al pueblo de cuanto sabían y temían. «Liberándonos de Enciso, hemos salido de los dientes del lobo, dijeron; pero vamos a caer en las garras de un tigre».

Estas noticias levantaron como espuma el ánimo ya escamado de los habitantes de La Antigua. ¿Qué hacer? ¿Recebir a Nicuesa como Gobernador? Nó; no era posible: había que rechazarle.

Dispuestos a tomar esa medida, solemnizaron el compromiso, dándole las formalidades de una curiosa ceremonia que entónces era costumbre celebrar los viérnes o jueves de Semana Santa: pusieron sobre el piso de la Iglesia un tape-

te, una almohada y una cruz, y sobre esos objetos, persona por persona, comenzando por Balboa, Zamudio (el otro Alcalde) y los Rejidores del Cabildo,—juraron todos no recibir a Nicuesa. No contentos con esto, hicieron que se levantase acta de la ceremonia.

Vasco Núñez, que por sus buenas prendas reunía la voluntad de casi todos—y en esos días más que nunca, puesto que se necesitaba un hombre resuelto que hiciese de cabeza—consiguió que su colega Zamudio dirijiese en persona el movimiento contra Nicuesa, movimiento que habría de resolverse en una formal notificación de rechazo.

Mientras esto se hacía, el hábil Vasco Núñez, que tenía en su mano todos los hilos del asunto, al reparar que el pueblo se extremaba hasta insultar a Nicuesa y constreñirle a irse inmediatamente, sin dejarle siquiera reparar la nave en que había de hacer el regreso,—aparecía poniéndose de parte del maltratado Gobernador y pidiendo, infructuosamente por cierto, que se le permitiese al ménos vivir como simple vecino de La Antigua. Esta doble actitud de Vasco Núñez indica con cuanta injusticia y maldad se le arrojó después la culpa del desaparecimiento de Nicuesa: precisamente porque temía que éste llegase a La Española y le acusase enseguida ante la Corte, quiso mostrársele como su defensor a todo trance, lo que no habría tenido para que finjir en caso de haber preparado la pérdida de tan desventurado capitán.

En cuanto se perdió de vista la nave en que Nicuesa lloraba sus desgracias, recomenzó la lucha entre Enciso y Balboa; pero ya éste, desde su cargo de Alcalde, y haciendo uso de indiscutible talento, tenía todas las ventajas de su parte. Había administrado la ciudad con excelentes dotes de gobernante, y todos le querían, unos por su laboriosidad y llaneza, otros por su bravura y buen consejo. En una palabra, Vasco Núñez había llegado a ser el «hombre necesario», y debía triunfar sobre su rival.

En cierta ocasión, el bachiller Enciso hizo alarde y uso de atribuciones que ya nadie reconocía en él, deslíz que Balboa

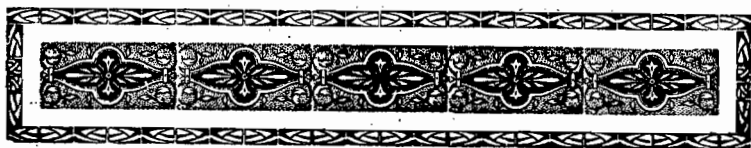
aprovechó para acusarle ante el Cabildo por usurpacion de funciones, a fin de adelantarse a las jestioncs que su rival intentaba llevar a la Corte. Hecha la acusacion, el Cabildo negó la existencia de los derechos que Enciso decia tener sobre el Gobierno; y, como este fallo era apelable, y así debe haberlo manifestado el Bachiller al notificársele,—Vasco Núñez pensó que habia llegado la oportunidad de librarse de la presencia de Enciso, bajo pretexto de buena administracion de justicia. Dispuso que se le embarcase y condujese a España a fin de que formulase apelación del fallo ante los tribunales competentes, lo cual se hizo en la misma carabela en que fué enviado un emisario de Balboa ante don Diego Colón, primer funcionario de las Indias residente en La Española. De paso, vale recordar que ese emisario llevaba la misión de buscar víveres y otros recursos para la colonia, y la de ganarse la voluntad del Tesorero Pasamonte, a fin de obtener los favores del Rei, a quien ese funcionario era muy grato. Circunstancias ámbas que prueban con claridad meridiana que: la inculpación de crimen que, con posterioridad a los sucesos ya historiados, se lanzó sobre Vasco Núñez, diciendo que éste habia hecho calafatear la nave de modo que ese naufragio fuese seguro,—carece de toda verdad y aun de verosimilitud aparente.

Pero, desprenderse de Enciso no pareció todavía gran cosa a Vasco Núñez. El hecho de compartir su autoridad con el otro Alcalde le entrababa toda iniciativa y cortaba las alas a esas ambiciones suyas que luego legítimaria él mismo, dando pruebas de su capacidad y gran tino de jefe administrativo y de soldado conquistador.

Se acercó a Zamudio, su colega de Alcaldía, y le hizo ver la absoluta necesidad de que alguien compareciese a sostener el fallo del Cabildo contra el recurso que interpondría el Bachiller, y a desvirtuar los cargos que seguramente haría éste en la Corte a las autoridades de La Antigua. «Nadie mejor que Ud., le agregó, puede desempeñar ese papel; sus discretas maneras y el cargo que inviste darán peso a sus

razones y oído a sus palabras. Iría yo a la Corte; pero, desgraciadamente para mí, la jente dice que no debe abandonarla....»

Accedió Zamudio a la bien fundada petición de su colega, y así pudo felicitarse Vasco Núñez de que todo quedase en la colonia conforme a sus deseos, deseos que eran también — dicho sea en descargo de esas sus hábiles maniobras absorbentes—los de la casi totalidad de los pobladores de La Antigua.



CAPITULO V

Vasco Núñez como Gobernador de hecho.—Consolida su situación de aprecio entre sus compañeros y trata de ganarse la voluntad de la Corte.—Artes de que se vale en su camino al éxito.—Primeras expediciones.

Ya solo, podía Vasco Núñez desplegar su talento en la administración de lo fundado, y su espíritu de empresa hacía tierras que, en el espejismo del ensueño, le parecían llenas de misteriosos secretos y de riquezas nunca vistas.

En primer lugar, socorrió a los compañeros de Nicuesa en distintas ocasiones, no obstante las escaseces porque atravesaba la colonia, y puso mano en el desarrollo de la agricultura, a fin de independizar económicamente a Tierra Firme de las autoridades isleñas, no siempre pródigas ni oportunas en socorrerla. Pero como, a pesar de todo, los mantenimientos escaseaban y, por otra parte, Vasco Núñez sentía la necesidad de obtener los favores de la Corte, se propuso desde luego explorar el interior del país. Así se proveería de aquéllos y, extendiendo el dominio de las armas de Castilla, se haría grato a la Corona.

Para conseguir esto último, puso siempre en conocimiento

del Rey el resultado de sus «entradas» a Tierra Firme, con la exajeracion necesaria para despertar interés y obtener los medios con qué seguir adelante, y remitió a España algunas cantidades de oro, no mui considerables, es verdad.

En cuanto a su propia situación entre los colonos, supo agregar, a las simpatías de que gozaba, un justo aprecio por su equidad en el reparto de los recursos y ganancias obtenidos, por la solicitud fraternal con que atendía a sus soldados y por su abnegación en la paz y su arrojo en la pelea, en los casos en que eso era necesario. En todos los afanes era él el primero: «porque no me quedo yo en cama—decía en carta al Rei — en tanto que la gente va a entrar y a correr tierra, porque no se ha andado por toda esta tierra a una parte ni a otra sin que yo no haya ido adelante por guía y aun abriendo caminos por mi mano para los que van conmigo».

Se comprende, pues, que sus soldados le amasen como a un padre, y que le envidiasen despues otros capitanes, incapaces de sacrificar hasta ese punto sus energías y de desprenderse de las comodidades anexas al mando.

Siguiendo el ejemplo de otros conquistadores, en sus entradas al pais, usó perros contra los indios, y con magnífico resultado: el aullido causaba a los indígenas un pavor comparable sólo al que les causaban las espadas, y su persecución, mayor pérdidas de vidas, muchas veces, que el combate con los hombres. El bravo Leoncico, de propiedad de Vasco Núñez, fué un perro que figura en las crónicas de la conquista con mas ejecutoria que muchos soldados: capítulos enteros le dedicaron los admiradores de sus instintos casi sobrenaturales, porque sabia distinguir al indio bravo y al indio manso, cogiendo a éste por las muñecas fuertemente sin herirle, y despedazando a aquél con rapidez y zaña espantosas, etc. Tan evidentes servicios prestó Leoncico durante las exploraciones al interior que ningún colono se admiró siquiera de que, al término de ellas, se le asignasen dos mil pesos de oro como a cualquier expedicionario, y tan reconocidos le fueron despues, que algunos cronistas se ocuparon de sus caninas

virtudes y de sus padres como de cualquier grande hombre en el discurso de una biografía.

Pero en lo que Balboa no imitó a otros conquistadores — sino a Bastidas, en cuya pacífica expedición comercial fué parte, como ya se ha dicho — y en lo que sólo fué guiado por su natural inteligencia y por su conocimiento de los hombres, fué en su trato con los indios. Nunca fué cruel para con ellos; siempre se les mostró abierto y llano, y en toda ocasión le trató la paz ántes de moverles guerra: de ese modo, solamente, los indígenas le revelarían lo que él llamaba «secretos de la tierra», no le traicionarían a espaldas vueltas, y, al contrario, ayudado por ellos, iría hasta muy léjos, hasta el fondo tangible de esos tentadores secretos...

En fin, como Vasco Núñez sabía que la Corte pesaba la importancia de los nuevos establecimientos en la misma balanza que el oro recojido en ellos, tuvo siempre por fin inmediato la averiguación de los lugares metalíferos: con el producto de éstos haría, como se dice, tres mandados en un viaje: el de su propio interés, el de la sed de oro de sus soldados y el de las exigencias de la Hacienda.

Una de esas exploraciones tiene la ventaja de mostrar a Vasco Núñez con ese su gesto de camaradería no común a que ha hecho alusión más atrás; la que encomendó a Francisco Pizarro y a seis hombres más para que fuesen a la provincia de Coiba, distante treinta leguas de Darién, con el objeto de noticiarse de las enormes riquezas que era fama contenía. «El Cacique Cemaco, señor de Darién, que sostenía las hostilidades contra los españoles y rondaba con sus guerreros las cercanías de la colonia, tuvo noticias de la salida del destacamento de Pizarro, y le tendió una emboscada. Apenas habían andado los expedicionarios tres leguas río arriba, cuando una hueste de salvajes les salió repentinamente al encuentro desde una espesura y se les echó encima entre aullido espantoso y descargas de piedras y flechas. Rehechos de la sorpresa, Pizarro y los suyos, aunque heridos y maltratados, acometieron el grueso del enemigo, matando a muchos, hiriendo a más y

poniendo al resto en precipitada fuga; pero, por temor a otro asalto, se retiraron rápidamente, dejando a uno de sus compañeros mal herido en el campo» (1).

Llegaron al establecimiento estropeados y chorreando sangre; mas, a pesar de ese estado, cuando Vasco Núñez oyó los pormenores de la refriega y supo el abandono de un soldado, se mostró mas airado que nunca contra Pizarro y le ordenó que volviese inmediatamente a buscarlo. «¡Que no se diga, exclamó Balboa, que ha habido españoles que huyesen de los salvajes, dejando un camarada en su poder!».

Iluminada su alma por los propósitos y procedimientos ya anotados—procedimientos y propósitos que redundarían en cohesión en las filas y en éxito final—, Vasco Núñez aprestó su gente y partió hácia la tierra ignorada.

La comision mandada por él en busca de los compañeros de Nicuesa, habia encontrado cerca de las costas a dos españoles, pintorreado el cuerpo y la apariencia toda de salvajes: eran dos fugados de aquella compañía que se habian sometido a la proteccion de Cáreta, cacique de Coiba. Este les habia tratado siempre con toda hospitalidad; pero, a pesar de eso, cuando se vieron de nuevo entre los de su propia raza, no tuvieron empacho para aconsejarles que invadiesen las casas de su protector y huésped, con la seguridad de hallar un inmenso botín.

(1) Irving. «Los compañeros de Colon».

(Continuará).